

# UNAMUNO: EL MIEDO A LA FE

*¿Hombre de letras, Monsieur Unamuno?* En rigor el escritor vasco nunca fue eso que suele llamarse, con la vaga terminología de la crítica, un “literato”. O, mejor dicho, sus “letras” - artículos, ensayos, poemas, dramas - son en verdad auténticos quejidos del alma, cantos del espíritu que se revuelve en la carne dolido contra la injusticia suprema de la muerte. A pesar de su egolatría exhibicionista el quijotesco don Miguel (“con la M de muerte”, recuerda en un verso) no es, sin embargo, una *vedette* intelectual y frívola, un juglar de las ideas sobre la magna tragedia de la vida humana. Como él mismo dice no escribe “por pasar el rato, sino la eternidad”. Su planto no es queja de plañidera mercenaria o manifiesto de falso esteta escatológico ni tampoco nace fríamente en las aguas bautismales de una mera necesidad racional. Dios no es para Unamuno un acertijo teórico ni la sustancia ideal que ponga en marcha con su primer empujón la formidable maquinaria universal del reloj cósmico para ser luego arrinconada como un viejo Padre ya inútil. Descartes buscaba intelectualmente en el Creador un aval del sistema metafísico racionalista, la garantía del mundo real; Unamuno persigue existencialmente a Dios como garante de la inmortalidad de la criatura ontológica de carne y hueso llamada Miguel. Hipóstasis *versus* Hipótesis, el Dios vivo y personal frente al Dios-Idea de los filósofos. Se trata aquí de una lógica cardíaca surgida del pascaliano rechazo de la ciencia humana, incapaz ésta de responder, como cualquier positivismo, a la única cuestión que de verdad interesa al hombre saber con certeza: el problema de la muerte personal de cada individuo concreto. Parafraseando al filósofo y poeta vasco podemos decir que la muerte, como Miguel, también se escribe con la letra M de “mía”. O sea, tuya, suya, nuestra y de todos aquellos a los que don Miguel presta la voz con su yo que grita públicamente lo que cada uno quiere acallar en el interior de su conciencia.

(...) Nunca separes

tu dolor del común dolor humano,  
 busca el íntimo, aquel en que radica  
 la hermandad que te liga con tu hermano,  
 el que agranda la mente y no la achica;  
 solitario y carnal es siempre vano;  
 sólo el dolor común nos santifica.

Toda la obra de Unamuno gira, como los cangilones de una noria o las agujas de un reloj, en torno a un eje inamovible, una idea fija sobre la cual teje y desteje como varonil Penélope su pensamiento único: la sed de eternidad anclada en el ser inmerso en el flujo del tiempo. Así dice en unos versos:

¿Y si el tiempo mismo  
 un punto parase  
 preso en el abismo  
 de la eternidad?

¿Si Dios se durmiera  
 y su dedo horario  
 marcase en la esfera  
 la última verdad?

Una larga tradición iconográfica hace de las saetas la imagen del tiempo. Como una flecha virtual las horas son también fugaces, hieren la carne de la vida y, las últimas del carcaj, acaban siempre poniendo el punto final a la existencia. Pero, además, el venablo como metáfora de la temporalidad expresa certeramente la naturaleza dinámica de la vida humana en busca de un sentido. ¿Hacia dónde apunta el sendero de los días que se estrechan conforme avanza el hombre hacia la muerte ineluctable? Unamuno pasó la vida “sacando punta al camino”, afilando la mirada hacia aquel punto infinitamente lejano donde se anudan todos los destinos y que es al mismo tiempo el principio y el fin de la realidad: ¿Existe Dios? En el soneto “Oración del ateo”, exclama:

(...) Sufro yo a tu costa,  
 Dios no existente, pues si Tú existieras  
 existiría yo también de veras.

La conclusión del poema citado es, cuando menos, desconcertante. Tan paradójica resulta como el rezo a la Nada que sugiere el título mismo del soneto. El ateo une por la vía condicional su verdadera existencia a la realidad verdadera de Dios, ese Absoluto que no sólo es desconocido para el hombre sufriente sino también negado por tan absurdo contradictor. La afirmación de la sustancia divina implica también la afirmación del hombre igual que la imagen del espejo no subsiste sin la cosa reflejada. Para negar a Dios, como un sueño del alma, el hombre - ¿necio o desalmado? - se niega a sí mismo como soñador. He aquí una clase de ateo hereje incluso para la misma ortodoxia del ateísmo.

Ahora bien: ¿es realmente Unamuno un ateo? Si la razón dice “no” - o quizás “no sabe, no contesta” - con la fría cabeza y el corazón ardiente busca el “sí” con titubeante paso ¿dónde, en qué punto, cuál es el limbo donde se encuentran y anidan juntas las serpientes y las palomas? El hombre que quiere creer ¿necesita un don o gracia divina o bien le basta con la voluntad personal de su querer para inclinar al entendimiento de su parte? La razón se rinde a la evidencia, pero a Dios nadie le ha visto. Quien ve a Dios el rostro muere, dice la Biblia. Ciego queda aquel que osa mirar al Sol a la cara. Los contrarios - día y noche - luchan dialécticamente: la máxima luz provoca en los ojos la ceguera absoluta. ¿Ha de vivir el hombre en la caverna alimentándose de sombras? El panteísmo de Spinoza y de los románticos alemanes bebe en la misma sed de absoluto que sacia también la ebriedad mística de los poetas que se funden con Dios en una noche oscura. El maestro Unamuno - lo que le valdrá el reproche del joven discípulo Ortega - antepone en la jerarquía de los valores hispánicos San Juan de la Cruz a Descartes, la mística española del “madrecito” fraile y la “padraza” Teresa a la ciencia intrascendente de los saduceos que progresan hacia la tumba inconcientemente. Y, sin embargo, en el alma europea y europeizante de Unamuno late la misma rebeldía de Prometeo contra los dioses de la mitología y la misma soberbia desobediente del eterno Luzbel, “del que quería ser, ser de veras, ifiero desacato!”.

Unamuno fracasa en la vía mística hacia la unión con la divinidad por culpa del lastre de su propia individualidad que le grava y acibara con pesadumbre constante:

*Querría, Dios, querer lo que no quiero  
fundirme en Ti, perdiendo mi persona,  
este terrible yo por el que muero  
y que mi mundo en derredor encona.*

El “yo” individual es una púa, un alfiler o cuña que el mundo circundante encona. Aniquilar la propia voluntad anegándose en la voluntad de Dios, conformarse al mandato de un ser supremo que hace consistir la libertad en la conciencia de la necesidad, supone para el hombre Unamuno perder la personalidad, “querer lo que no quiero”. Pero ¿no había dicho el Cristo, con esa antítesis tan cara al filósofo, que “perder la vida es ganarla”?

Como Jacob luchando con el ángel del Señor, Unamuno - héroe cervantino a la manera del individualista Carlyle- desafía valerosamente a Dios en singular combate:

Señor, no me desprecies y conmigo  
lucha: que sienta al quebrantar tu mano  
la mía, que me tratas como a hermano,  
Padre, pues beligerancia consigo  
de tu parte ...

Entre el hombre vasallo y su Dios existe una relación dialéctica, una paradójica batalla o lucha de clases hegeliana que enfrenta a un ser único e indivisible con unos seres únicos e individuales. El hombre y Dios suman misteriosamente dos unidades sustantivas e inconmensurables y la dualidad engendra la pugna y la duda. Detener al sol sobre Gabaón y a la luna sobre el valle de Ayalón es un misterio tan profundo como el milagro del tiempo finito que fluye hacia la eternidad de una vida que no acaba:

Mira, Josué, no te engañes - no pares el sol, la lucha;  
 deja correr a las horas, - que es cada hora la última.  
 También se lucha de noche; también durmiendo se duda;  
 también muriendo se vive; - no hay respuesta sin pregunta.

La búsqueda del adversario o enemigo precede siempre al encuentro bélico en el campo de batalla; pero la agonía -en su sentido etimológico de "lucha"- es también la antesala al reposo del guerrero. La certeza nace con el preámbulo de la duda, una duda que en el "filocristiano" don Miguel de Unamuno no es sólo una cosa de paso, de camino o "método" hacia una meta u objetivo, sino sobre todo un asunto de vida o muerte. El cristianismo, según el "hermano Kierkegaard", es subjetividad y Cristo - "yo soy el camino, la verdad y la vida"- no pide docentes sino imitadores. La ciencia del hombre se apoya en objetos y leyes generales y de ahí que su lógica tropieza en lo singular, lo concreto, lo individual, el hombre de "carne y hueso". Cuando se reprocha al escritor vasco su afán de singularizarse responde a la objeción como filólogo con un neologismo: nosotros es "nos-uno". Y en el siguiente poema silogístico la razón se muerde a sí misma la cola como un alacrán convertido en paradoja viviente:

Todos los días son días,  
 no hay más que un día en el mundo;  
 luego son todos los días  
 no más que uno.

De la misma forma toda la humanidad puede contemplarse como un solo hombre (nos/otros = nos-uno). El cuerpo místico de Jesucristo nos une a los "nos-unos". ¿Acaso la doctrina paulina no afirma que en el día de la parusía Cristo se someterá al Padre y "Dios será todo en todos"?

*"¿Dónde está ioh, muerte! tu victoria?"*. Toda guerra civil, y guerra civil es siempre la lucha que libra el hombre consigo mismo, supone la derrota de una parte de nosotros frente a aquella otra parte que resulta vencedora en el combate fratricida. Aquel fariseo que perseguía al Cristo mordió la tierra y se levantó del polvo revestido de la fe

cristiana como un hombre nuevo que entierra en la fosa, junto al camino de Damasco, al hombre viejo. Y, sin embargo, el mismo Saulo que oyó la voz del Señor hablando a su incredulidad debe reiterar a los creyentes y reiterarse a sí mismo la verdad esencial del cristianismo: “Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo ha resucitado” (Cor. 1, 15). O Cristo venció a la muerte con la pasión en la Cruz... o la fe de los cristianos en el Mesías carece de contenido.

He aquí bajo una forma nueva - vino añejo en odre nuevo - el mismo silogismo circular hallado antes en el soneto “Oración del ateo”: Si A es cierto, entonces B también lo es. Pero ¿son ciertos A y B? El cristianismo heterodoxo de Unamuno tiene hambre de inmortalidad, sed de Dios eterno que no se suicida a sí mismo sacrificando a su hijo único sino que duerme hecho hombre el sueño de los muertos a la espera de renacer también con los vivos - primicia de la buena nueva - transfigurado en el cuerpo glorioso e incorruptible. *“Dónde está muerte tu aguijón”*.

El ansia de sobre-vida que acongoja el corazón y la mente del filósofo vasco le empuja igualmente a orillar la ortodoxia católica sobre el dogma de “las penas del infierno” y la discriminación entre los malvados y los benditos del Padre en el Juicio final. La aniquilación del ser, la Nada absoluta, es para Unamuno el mayor, el más terrible o indeseable de todos los castigos que puedan imaginarse jamás. Fue, ya no es. ¿Qué otra pena puede ser más grande que la desaparición total de un hombre que ya ni siquiera tiene el consuelo de sufrir en vida por haber pecado contra su Dios? Quienes conciben a la divinidad como el Presidente de un Tribunal Supremo aplicando el derecho penal cósmico de una Justicia sobrehumana tal vez puedan sentirse decepcionados ante un pesimismo tan optimista desde una cierta visión antropológica. ¿Merece ser impune la maldad? ¿Cómo aceptar que el virtuoso reciba la misma paga que el obrero de la hora undécima o el hijo pródigo que ha dilapidado los bienes paternos? ¿Para ese viaje el santurrón fariseo vacía las alforjas de la gula, la avaricia y toda sensual concupiscencia y mortifica el cuerpo durante años con ayunos y tormentos? Si el pecado de Adán y Eva se trasmite a sus descendientes ¿un sólo justo que imite a Cristo podrá redimir a todos los hermanos

pecadores? Un único instante de sincero arrepentimiento en una vida pecaminosa, como la del ladrón Dimas, ¿puede bastar para ir al paraíso de los justos? ¿Es la salvación un asunto individual o bajo la culpa de Adán gime la humanidad entera a la espera de un parto feliz de todo el universo creado?

Algunas veces compara Unamuno el silencio de Dios (¿acaso no ha hablado en Cristo y en los profetas?) con aquel otro silencio de Raimundín, el hijo hidrocéfalo ante el cual el padre hacía jugar a los otros hermanos de aquella carne desdichada presa en la imbecilidad del cuerpo. ¿Volvería a ver tras la muerte a ese pedazo de carne, aquella sonrisa congelada e idiota nacida del amor entre los humanos progenitores, el fuerte y arisco don Miguel y la dulcemente maternal esposa doña Concha Lizárraga? En la versión griega del Nuevo Testamento (Unamuno la lleva siempre consigo en el bolsillo de su austero traje de pastor cuáquero) puede leer don Miguel el Hereje aquellas palabras del que se llama a sí mismo humildemente el menor de los apóstoles: “Todas las carnes no son lo mismo”; “se siembra un cuerpo animal, resucita cuerpo espiritual”. Cuando el rector de Salamanca reclama en verso la inmortalidad para su fiel perro Remo y, con acento anticipadamente maragalliano, solicita la salvación de toda la creación incluidas las mismas rocas, árboles y ríos ¿no está también pidiéndole a su Dios hereje la supervivencia del alma carnal de su pobrecillo hijo Raimundo, casi una bestezuela humana, un pedazo del misterio de esa carne silenciosa muerta ya en la vida cismundana entre los “muertos que entierran a sus muertos”?

Me acongoja la muda pregunta,  
de sus ojos el líquido ensueño,  
ni le queda dolor en el alma,  
¡tan sólo silencio!  
En el lánguido humor de sus niñas  
se me encara, perlático espejo  
de un ayer tan lejano que se unce  
a un mañana eterno.  
¡Ay la carne de cárcel en que duerme  
la divina conciencia! ¡ay el sueño

de una sombra que mira en los ojos  
del trágico perro!

En este poema de cierta resonancia musical becqueriana puede exclamar un lector igual que el poeta romántico: "Dios mío, qué solos se quedan los muertos".

En su "Diario íntimo" Unamuno había expresado la idea de que los niños son los justos de Sodoma de que habla la Biblia. Y Raimundo, el hijo hidrocefálico, es uno más de esos otros santos inocentes, tan justos como los de Sodoma, esos niños que mandó matar el rey Herodes para acabar con la esperanza que traía al mundo el Mesías. En los evangelios Cristo nos advierte de que, para entrar en el Reino de los cielos, debemos hacernos semejantes a los niños. Y Miguel de Unamuno, que siempre tuvo la apariencia física y espiritual de un viejo prematuro, desanda contra la corriente en su ancianidad los años vividos camino hacia la infancia sencilla y devota en que rezaba sin miedo el Credo en un hogar vascongado de religiosidad tradicional.

Agranda la puerta, Padre  
porque no puedo pasar;  
la hiciste para los niños,  
yo he crecido a mi pesar.

Si no me agrandas la puerta,  
achícame, por piedad;  
vuélveme a la edad bendita  
en que vivir es soñar.

Convertido en un "hijo de sus hijos", el abuelo Unamuno - hijo de una madre viuda - quiere renacer a la fe infantil de esa bendita edad en la que perdió a su padre y del cual solamente tiene el vago recuerdo -filológico y teologal - de haberle oído hablar un día con un hombre en una lengua extraña, un verbo hecho carne que no entendía. Y el hombre maduro, arropado en sus memorias pueriles, quiere dormirse otra vez en la noche oscura como un niño bueno que se acuesta esperando un regalo al alba:

Sí, Papaíto, callados  
y a dormir, pues tu Palabra  
nos ha de velar y el lloro  
nos será risa mañana.

Hacerse como los niños para que “Diosito” no nos quite la vida futura que nos tiene prometida y de la cual la otra, esta vida pasajera actual, no es más que el prólogo, la sombra, un adelanto de la eternidad. Haciendo uso de una vieja canción infantil Unamuno regresa desde la niñez a la idea obsesionante que le punza su corazón de incrédulo que quiere y no puede creer:

Santa patrona del rito,  
Santa Rita, la bendita,  
abogada de imposibles,  
Dios nos regala la vida

....

la vida es un don del cielo,  
lo que se da no se quita.

Santa Rita, Rita, don Miguel – viejo o mozo – aferrase a su vida, si es que Aquel no se la quita. A menudo el autor vizcaíno, tan prolijo siempre en lecturas en las que se redescubre a sí mismo, cita en su obra aquellas palabras desesperadas de Senancour en *Obermann*: “*Si la nada es el destino final del hombre hagamos de nuestra vida que tal fin sea una injusticia...*”

El lema fundamental que preside la vida de Unamuno podría expresarse resumido con una fórmula verbal: “morir (o vivir) resistiendo”. Así también el toro de casta se crece en el castigo ante la vara de hierro que le opone el picador a su loco embiste irracional. El cobarde huye o se distrae de la lucha, el valiente presenta batalla al sufrimiento y acepta

con el dolor y la sangre su misión redentora llevando a  
cuestas como el Hijo del Hombre su cruz:

Tú, blanco Toro de lunada frente,  
Toro entero y sin mancha, que tan sólo  
te doblegaste de la cruz al yugo,  
regando con tu sangre nuestra tierra,  
que es ara del templo de tu Padre.

Y en otros versos nos dice:

¡Sangre! ¡Sangre! Por ti, Cristo, es la sangre  
vino en que ante la sed fiera del alma  
se estruja el universo ...

Cristo es el “becerro expiatorio”, la cabeza del rebaño de la humanidad pecadora que siendo sacerdote y hombre verdadero “sin mancha” se inmola a sí mismo a la vez como víctima. Podría hablarse aquí de una “tauromaquia a lo divino” en la que confluyen los antiguos ritos paganos y la vieja tradición española.

Aunque la ciudad de Bilbao no es Sevilla ni, lógicamente, su coso taurino es tampoco la Maestranza, esas dos alejadas urbes españolas – la grisácea villa norteña y la alegre población andaluza – comparten ambas la misma religiosidad hispánica difusa que hace de la muerte un espectáculo para la distracción de los vivos. La sangre del toro – víctima del sacrificio – o la Pasión de Cristo – exhibida en la semana santa – son la cara religiosa y la cruz profana de la única moneda sobre cuya efigie escribe Unamuno – Jugo de la Raza – su propia *nívola* o niebla existencial. El escritor vascongado ama profundamente, con una teología esteticista o un esteticismo teologal, aquellos Cristos barrocos de Castilla, impregnados de trágico realismo artístico, como aquel que pinta en la Corte madrileña el sevillano Velázquez. Y, así como el toro bravo se arrima moribundo en el ruedo a las tablas para dejarse caer, así Unamuno, que jamás fue un aficionado a las corridas, se acerca mansamente a la figura del Cristo velazqueño para lamer, con angustiada lengua de buey

humano, su honda herida mortal: la incapacidad para creer ciegamente, con una fe pura, limpia e infantil, en la deseada resurrección de la carne.

Un Dios crucificado que muere como un malhechor es la expresión máxima de esa humildad nada teatral cuya consecución tanto anhela el agónico rector salmantino y tanto se le resiste tántalicamente a su soberbia luzbelina. El pincel o varita mágica del artista hispalense don Diego Rodríguez de Silva Velázquez actúa en el lienzo blanco como la vara de Moisés que hace saltar el agua de la roca: manifestación de la fe que se ve y se bebe con los ojos de la carne. En el largo poema “El Cristo de Velázquez” (una cosa “cristiana, bíblica... y española”, dice en una carta semi-privada como son todas las suyas) pretende Unamuno decir la fe trágica de su pueblo en la otra vida, esa fe que el mismo autor contempla próxima y distante desde un Bidasoa espiritual igual que vislumbra las montañas de su tierra natal en la frontera de Hendaya durante el exilio forzado por su encarnizada oposición al dictador amigo del vino y las putitas de Jerez.

El cuerpo exangüe de Cristo trasparente en la tela pictórica una palidez extrema, una blancura semejante a la de la hostia eucarística, el “pan de inmortalidad”. De ahí que esa alba carne mística del casi gongorino “blanco Toro de lunada frente” sufra nueva metamorfosis poética transformándose los cuernos - menguantes o crecientes - en la completa “*Luna de Dios*”, la “*dulce lumbre /que en la noche nos dice que el Sol vive/y nos espera*”. El poeta modela varias veces la misma imagen poética añadiendo matices teológicos nuevos en el viejo torno de la metáfora:

De noche la redonda luna dícenos  
de cómo alienta el sol bajo la tierra:  
y así tu luz: pues eres testimonio  
Tú el único de Dios, y en esa noche  
sólo por Ti se llega al Padre Eterno:  
sólo tu luz lunar en nuestra noche  
cuenta que vive el sol.

Y en otro lugar repite también la misma idea celeste: Cristo es el testigo lunar que refleja como en un espejo la

luminosidad del Padre oculto en las tinieblas de la noche humana:

Luna desnuda en la estrellada noche  
 desnuda del espíritu, conviértense  
 a Ti nuestras miradas, ioh, lucero  
 del valle de amarguras! Pues nosotros,  
 pobres hombres, no más así podemos  
 cuerpo a cuerpo mirarte. Eres el Hombre,  
 y en tu divina desnudez nos llega  
 del sol enegador la eterna lumbre.  
 Tú al retratar a Dios nos pregonaste  
 que somos hombres, esto es: somos dioses,  
 y a tu lumbre, lucero de las almas,  
 los mármoles helénicos cobraron  
 nueva luz ...

Por último, la faz superlativamente pálida del hijo de María - "la hostia del cielo" - busca moribunda en su calvario la mirada dolorosa de la santa Virgen, gira filial como hace un satélite muerto y desprendido de la estrella en torno de la madre Tierra:

Blanco tu cuerpo está como el espejo  
 del padre de la luz, del sol vivífico;  
 blanco tu cuerpo al modo de la luna  
 que muerta ronda en torno de su madre  
 nuestra cansada vagabunda tierra

Recapitulemos: Cristo, la "cumbre blanca" de la humanidad, la "Luna de Dios", da testimonio único del Padre; solamente El nos hace percibir la luz oculta del sol durante la noche de la vida; es también el mediador entre Dios y los hombres, entre la tiniebla nocturna y la claridad meridiana; es el Hombre-Dios al que podemos mirar de cara sin quedarnos ciegos. Por virtud del pincel, con líneas y colores, vemos la carne de Cristo:

... y ve: te prenden  
 los ojos de la fe en lo más recóndito  
 del alma, y por virtud del arte en forma

te creamos visible.

La fe -dirá Unamuno - no consiste tanto en “creer lo que no vemos” sino en “crear lo que no vemos”. ¿Creemos en Cristo o creamos a Cristo? Ese juego de palabras “creer/crear” es el gozne sobre el cual da vueltas y más vueltas una fe pasiva (creer) que se esfuerza por hacerse activa (crear). Crear la tradición en la que creemos ¿no es avanzar en la revelación interior de un Dios que está más dentro de nosotros mismos que nuestro propio yo? La paradoja se hace más notoria cuando se conjugan los dos verbos “creer” y “crear” en la primera persona, la sustancia individual, el irreductible “yo”: cuando decimos “Yo creo”... ¿es una forma de creer o acaso de crear?

Unamuno, filólogo y filósofo (la filología es filosofía concentrada y la filosofía es filología explanada) aprovecha esa aparente confusión del lenguaje para danzar airoosamente con un pie atado a la cadena de la lengua:

En Ti, Padre, yo *me* veo,  
Tú *te* ves en mí, mi Padre;  
*tuteo* se hace *yomeo*  
y somos uno de sangre.

Tú me *creas*, yo te *creo*,  
y en este diálogo que arde,  
*tumeo* se hace *yoteo*  
y las palabras gigantes.

El Hijo engendra al Padre y el Padre engendra al hijo. Esa dialéctica se resuelve en la unidad de los contrarios: El Hijo no es Padre, el Padre no es Hijo, pero ambos “somos uno de sangre”. ¿Acaso la perla blanca no es engendrada, no creada, de la misma naturaleza que la concha negra de la ostra? Una vez más Unamuno enfrenta con arma poética la blancura del cuerpo exangüe del artístico Cristo velazqueño con la melena negra que envuelve la santa faz del Cordero de Dios.

... nube de blancura  
como la perla de la negra nube

sin contornos, del infinito concha,  
que es tu Padre.

La “Luna de Dios” es ahora blanca perla del universo, “plata viva en la negrura de las rocas”, “cuerpo níveo” que en la cumbre de la montaña es cima de la humanidad y manantial de Dios, anuncio luminoso de una eterna alborada.

Tú me has hecho encontrarme, Cristo mío,  
y aunque mi sueño duerma, en el ensanche  
de Dios ha de dormir y con su sueño  
y tú conmigo, Hermano, al abrazarme.

En toda lucha hay siempre un instante de paz, una tregua entre dos combates, un momento de calma serena y llena de esperanza. En los cuatro versos anteriores hallamos al Unamuno menos desesperado, al hombre que quiere volver a ser un niño, aquel que desea arrodillarse ante el “padrecito Cristo”, “achicarse” para entrar por la puerta del Hermano que conduce al ensanche de Dios. ¿Cabe un sentimiento religioso y cristiano más hondo que el amor a Cristo expresado en los versos de un hombre que pedía a Dios el milagro de alcanzar la fe como prueba misma del milagro? *“La república de Cristo - dice el anti-monárquico y anti-alfonsino rector exiliado - prepara el Reino de Dios”*. Y concluye el pareado caminando hacia un punto de encuentro donde convergen dos movimientos antagónicos:

Vayamos a la república y que el Reino venga a Nos

Por la República cristiana hacia el Reino de Dios. ¿Paradoja ingeniosa? ¿Humorismo serio? ¿Es la Iglesia o Asamblea de Cristo una religión civil que civiliza al hombre natural? ¿Hay salvación posible fuera de ella? Bajo la sobrefaz humana de cualquier política - bien lo sabe aquel Unamuno aún más viejo y subyacente que leía en su lejana mocedad al Donoso Cortés - late en el trasfondo una cuestión teológica. Dios no entiende de izquierda o derecha porque el Hijo del Hombre es la rosa de los vientos.

Ahora bien, ¿no fue acaso el republicano Unamuno, en sus últimos días de agonía salmantina, un enemigo de los republicanos y de los enemigos de los republicanos? ¿No estuvo contra los “hunos” y contra los otros para eludir el dilema radical que manifiesta antes su otro hermano espiritual danés: o esto o aquello?

Unamuno no cabe en ninguna Iglesia o partido, escuela filosófica o facción espiritual. En su soneto *Mi Dios hereje* afirma:

y encuentro natural se me excomulgue;  
muy justo es que la Iglesia con las llaves  
del Pescador rascándose se espulgue”

La necesidad de la rima - ¡bendita necesidad! - hace meter el diente en la metáfora utillera de los nietos de la mar. El escritor queda así obligado a transformar el rascador de las escamas del pescado en un instrumento para chinches y pulgas. Cualquier vate debe estar en comunión poética con las leyes de la estrofa. Y la misión de la pulga excomulgada es incomodar la ortodoxia *bienestante* del burgués que posee en su caja de caudales la fe del carbonero. Sin embargo, ¿no es también el rico propietario de la mina quien goza y se divierte en los *cabarés* de moda con el baile aquel de la Chelito buscándose entre los faldones la molesta e insidiosa pulga? “*La pulga-a-á, la pulga-a-á ...*” - gritan los corifeos en torno de la bella *vedette* que se desnuda. ¿Se desnudó también impúdicamente su alma pura *Monsieur* Unamuno? ¿Cayó preso en la red de telaraña de la propia leyenda que se tejió con sus palabras arrojadas al público? En su *Diario íntimo* el escritor se alegra de no tener como Goethe un Eckermann que haga público pensamientos que nacieron y mueren en la intimidad. Mucho escribió aquel hombre que no fue un “*homme de lettres*”. Pero también calló más de lo que dijo, tuvo sus secretos con Dios aquel náufrago que encalló en los dogmas de la Iglesia católica, romana, española y tan poco apostólica:

Mientras de mí, Señor, Tú no recabes  
que aquel nuestro secreto al fin divulgue

yo de ellos no me, ya lo sabes ...

¿Halló con la muerte Unamuno la paz en la tierra, bajo ella, sobre ella? ¿Vive aún agitando, rascando, inquietando eternamente las aguas vivas en el piélago de Dios?

Pablo Galindo Arlés, 3 de febrero de 2015